

partes, aun quedaban cuerpos á los que no habia tocado ni el pedrisco ni la espada, y Josué deseaba concluir con este numeroso ejército en aquel día.

Se paran el sol y la luna por mandado de Josué.

Con este deseo y ansia levantó los ojos al cielo, y le dió una órden que solo Dios podia inspirar y solo Dios podia cumplir. Mandó al sol que se parase sobre Gabaon, y á la luna que se detuviese sobre el valle de Ayalon, y el sol y la luna se pararon sobre Gabaon y Ayalon. En medio del cielo se detuvo el sol, dice el *libro de los Justos*, y no caminó á ponerse por el espacio de un día; no hubo antes ni despues dia tan largo, haciendo Dios lo que deseaba el hombre, y peleando por Israel. Josué tenia tanta fe y tanta confianza en el Señor, que contó con ser obedecido de los astros; mas cuando vió el sol y la luna parados, tambien él quedó parado y extático admirando la mano del Omnipotente que detenía el curso de los cielos á su voz, y adorando aquella bondad inmensa que se dignaba oír la voz de un hombre, y obrar un prodigio inaudito en favor de su pueblo. Pero vinieron á sacarle de su dulce enajenamiento con la noticia de que los cinco reyes habian sido hallados en la cueva de Maceda, donde se habian escondido. Entonces el general, que veía parado el sol por su mandato, no quiso perder un solo momento del tiempo milagroso que se le concedía para acabar con sus enemigos, y mandando rodar grandes peñas sobre la boca de la cueva, y poner una guardia al rededor de ella, animó á todos los cuerpos del ejército á que continuasen sin descanso la persecucion de los que huian por todas partes. Seguid, les dijo, á los enemigos; matad á los que alcanceis, y no dejéis entrar á guarecerse en sus ciudades á los que el Señor ha puesto en vuestras manos. Hicieron, pues, todos los cuerpos del ejército en aquel



milagroso dia tan grande matanza en los enemigos, que fueron muy pocos los que quedaron con vida y pudieron refugiarse en las ciudades fortificadas. El sol se estuvo parado y esperando, por decirlo así, á que concluyesen la victoria para bajar su ocaso, y los cuerpos volvieron á dormir al campamento de Maceda, donde estaba Josué, sin haber perdido ni un soldado. Asombra que en tantos encuentros, tantas embestidas, tantos combates y tantas batallas dadas en aquel dia, no faltó del ejército ni un solo soldado, ni tampoco entró en el campo ni un solo herido. El Dios de los ejércitos que daba la victoria á su pueblo con prodigios que jamás se habian oido, no quiso que le costase una sola gota de sangre.

Sigue la conquista del mediodía de Canaan.

Habiendo descansado aquella noche el ejército, Josué persuadido á que debia aprovecharse de la consternacion en que se hallaba todo el mediodía de la tierra de Canaan, para hacer la conquista de ella con facilidad y prontitud, la emprendió la mañana siguiente, dando principio por el castigo de los cinco reyes que se hallaban encerrados y custodiados en la cueva de Maceda. Les mandó sacar, quitar la vida y colgar en cinco maderos donde estuvieron todo el dia hasta ponerse el sol, que los mandó descolgar, arrojar en la cueva donde fueron hallados, y cerrar la entrada con grandes peñas que se veían allí despues de muchos años.

Josué usaba de este rigor para aterrar á sus enemigos, y obligarles á que, ó dejasen de serlo del Señor renunciando á la idolatría, ó abandonasen aquella tierra que no era suya, huyendo á otros países, ó se les cayesen las armas de la mano por el espanto, y acabasen por el exterminio que pedian sus abominaciones, como las de Sódoma en otro tiempo. Por otra parte queria con este espectáculo animar á los hijos de Israel para que no te-

miesen á los pueblos cananeos, ni á sus reyes y ejércitos reunidos; para que no guardasen con ellos miramientos criminales y funestos; para que no les dejasen con vida, de cualquier clase que fuesen, contra la órden del Señor, y no viniesen á ser algun dia, ó sus corruptores, ó sus tiranos. Dios queria que la tierra de promision quedase limpia de idólatras, y Josué que tenia este querer del Señor muy entre los ojos, procuraba imprimirle por todos los medios en el corazon de los Israelitas.

En este mismo dia en que se hizo el ejemplar con los cinco reyes, se combatió la ciudad de Maceda á cuya vista se hallaban desde el dia anterior, se tomó y fué pasada á filo de espada y tratado su rey como lo habia sido el de Jericó. De Maceda, avanzando al mediodía, se pasó al sitio de Lebna, se peleó algun tiempo contra ella, y el Señor la entregó con su rey á las manos de Israel y fué pasada á filo de espada y tratado su rey como lo habia sido el de Maceda. La ciudad de Laquis, cuyo rey era uno de los cinco de la cueva de Maceda, fué sitiada en seguida de la toma de Lebna. Se resistió dos dias, pero al fin fué asaltada y pasada á filo de espada como las de Maceda y Lebna. Concluida la toma de Laquis, se encontró Israel con un ejército de Cananeos que venia á defenderla. Le mandaba Horan, rey de Gacer, á quien los habitantes de Laquis habian avisado del peligro en que se hallaban, y suplicado que viniese á defenderles. Josué le presentó al momento la batalla y le derrotó y pasó á filo de espada con todo su ejército. Eglon era otra ciudad á la parte del mediodía, y su rey Dabir, otro de los cinco de la cueva de Maceda. Eglon fué tomada en el mismo dia que fué sitiada, y tratada como las demás ciudades.

Despues de Maceda, Lebna, Laquis y Eglon, quedaban en la parte meridional dos plazas fuertes por sí y considerables por sus dependencias. Eran Hebron y Dabir. Hebron, llamada en otro tiempo Cariatarbe, traía su nombre de Arbe su fundador y padre del gigante Enac.

Fué patria de los Enaceos ó gigantes, que tanto miedo impusieron á los diez de los doce exploradores que envió Moisés á informarse de la tierra de promision. Carriarbe ó Hebron significaba, segun san Jerónimo, ciudad de los cuatro, por haber sido enterrados en ella cuatro grandes personajes, Adan, Abraham, Isaac y Jacob. Sus cenizas recordaban á los hijos de Israel el derecho que tenian á la tierra de Canaan, como descendientes por Abraham de la linea primogénita de Sem, y esta consideracion les infundió un nuevo ardor y brio por la conquista de esta plaza. Su rey Oran habia muerto con los otros cuatro compañeros á la boca de la cueva de Maceda los días anteriores, pero como la conservacion de esta plaza era de la primera importancia para todo el pais, se habia elegido ya otro rey que la defendiese, cuando Josué se presentó á conquistarla : mas á pesar de esto, y de ser la ciudad de los gigantes, ni el nuevo rey, ni los gigantes, ni las grandes defensas que la rodeaban pudieron resistir al impetu y bravura que el Señor infundió en el corazon de los Israelitas, y al acierto, valor y fuego que comunicó al general que los dirigia. Hebron tuvo que rendirse, como las demás ciudades, y fué pasada juntamente con su rey á filo de espada, y lo mismo sucedió á las ciudades de su dependencia. Dabir, que era la otra ciudad fuerte que restaba por conquistar, como no lo era tanto como Hebron, hizo menos resistencia y cayó luego en manos de Josué, y como habia hecho con Hebron y Lebna y con sus reyes, así hizo con Dabir y su rey. Todas estas conquistas fueron consecuencia de la victoria de Gabaon, y fruto de una breve campaña protegida por el Señor, con portentos de una clase que no se habian visto hasta entonces. Hirió, pues, Josué todo el territorio de los montes y del mediodia, y no dejó reliquia alguna de idólatras, como se lo habia mandado el Señor, Dios de Israel. Desde Cadsharne hasta Gaza, todo el territorio de Gosen hasta Gabaon, y todos sus reyes y sus tierras... todo lo tomó

Josué en esta sola expedicion, porque el Señor, Dios de Israel, peleó por él. Concluida tan felizmente esta campaña, Josué se volvió con todo el ejército á su campamento de Gálgala.

Entrada del ejército en el campamento de Gálgala.

No es fácil pintar la alegría con que el pueblo de Israel recibió á su ejército victorioso. Los ancianos abrazaban á sus valientes hijos, las esposas á sus amados esposos, los niños á sus queridos padres, las tiernas hermanas á sus amados hermanos, y todo Israel á todos sus hijos. Todos rebosaban gozo y derramaban lágrimas de la mas pura alegría, sin que corriese una sola de sentimiento, porque no habia ni padres, ni esposas, ni hermanas, ni niños que tuviesen motivo despues de tantas batallas sangrientas, para llorar la muerte, ni aun la menor herida de sus hijos, hermanos, padres, ni maridos, y como esto solo puede suceder en las guerras que ordena, dirige y protege el Señor, todos, así el ejército como el pueblo, fueron á rendir delante del arca santa las mas entrañables y tiernas gracias al Dios de las batallas y de las victorias, cuya majestad habitaba entre las alas de los querubines. Concluido este deber sagrado, y primero de todos los deberes, el pueblo llenó de alabanzas y bendiciones á todo el ejército, particularmente al venerable anciano y valiente general, que con tanta dicha y gloria habia llevado de batalla en batalla y de victoria en victoria á los hijos de Israel.

Expedicion al norte.

Á la vista y en rededor del arca del Señor reposó todo Israel, tanto el ejército como el pueblo en su campamento de Gálgala aquel invierno. El guerrero Josué, convertido en un principe pacífico, gobernaba en union

con el sumo sacerdote Eleazar todo el pueblo, y Gálgala era el reino mas feliz que habia en el universo; pero no pudo Israel disfrutar esta paz y alegría general por mucho tiempo. Al comenzar la primavera los enemigos obligaron al general y al ejército á empuñar otra vez la espada, á separarse del seno de sus familias y á renunciar á la quietud y sosiego que gozaban en medio de su pueblo. La liga general que, como ya dijimos, habian formado entre si todos los reyes de Canaan, debiera haberse deshecho á la vista de los primeros y ruidosos golpes que el pueblo de Dios habia descargado sobre Jericó y Hai, y de la derrota y muerte de once de los reyes de su alianza; pero los Cananeos, aunque debilitados, se sentian todavía con bastantes fuerzas para arrojar de sus tierras estos nuevos é incómodos huéspedes, ó hacer que pereciesen en ellas. Su error y su desdicha consistia en que siempre comparaban las fuerzas humanas de Canaan con las de Israel, y no contaban con la fuerza irresistible del Dios de Jacob. Entre los muchos reyes que tenian sus estados en la parte setentrional de la tierra prometida, era sin disputa Jabin rey de Asor el mas considerable. Este príncipe se puso al frente de la liga del norte, como el de Jerusalem se habia puesto en el año anterior al frente de la del mediodía. Á sus órdenes, ó por lo menos con su aviso, se juntaron los reyes confederados. El ejército se compuso de Amorreos, Heteos, Fereceos, Jebuseos, y Heteos de las montañas y valles del oriente y occidente, ejército en gran manera grande, como la arena de las orillas del mar, y de una multitud inmensa de caballos y de carros. Los reyes mas distinguidos que se pusieron al frente de sus respectivas tropas, á mas del de Asor, que, como generalísimo, mandaba todo el ejército, fueron los de Semeron, de Acsaf, de Tenac, de Magedo y otros, cuyos nombres se refieren en la lista de los reyes vencidos por el ejército de Josué. Acaso no se habia visto hasta entonces un ejército tan formidable; ya por el carácter y dignidad de los gene-

rales, que todos, ó casi todos, eran reyes; ya por el número de los soldados, á los que compara el sagrado texto con las arenas de las orillas del mar; y ya por la multitud inmensa de caballos, de que no usaban los Hebreos, y de carros armados, de los que no sabian el modo de defenderse. Jamás, ni los jefes ni los soldados debian hacer la guerra con mas brio, pues se trataba de sus bienes, de su patria, de su vida y de sus familias; pero les faltaba una cosa para vencer infaliblemente, y era que la pelea no fuese con el ejército del Dios de Israel.

Victorias de Josué.

El punto de reunion de las tropas idólatras fueron las cercanías del lago de Meron, entre el mar de Galilea y el nacimiento del rio Jordán, desde donde debian bajar siguiendo la corriente para presentar la batalla en el sitio que les fuese mas favorable. Avisado é instruido Josué del lugar y tiempo en que se habian de reunir sus enemigos, tuvo esta reunion por una señal de las nuevas victorias que el Dios de Israel preparaba á su pueblo. Determinó salirles al encuentro y sorprenderles, si les fuese posible. Ordenó su ejército y marchó á su frente con gran diligencia y secreto. Llegó felizmente á una jornada del lago sin que los Cananeos tuviesen la menor noticia. Aquí hizo alto Josué esperando las órdenes del Señor para entrar en el combate, y el Señor no le faltó. No los temas, le dijo, porque mañana á esta misma hora te entregaré á todos estos para ser heridos delante de Israel. Desjarretarás sus caballos y quemarás sus carros. Asegurado Josué con la palabra del Señor, y ansioso, como siempre, de hacer su voluntad, marchó luego á cargar á sus enemigos. Estaban estos enteramente prevenidos, y cuando se vieron acometidos de repente por el ejército de Israel, entró la confusion en todos sus campamentos y no hicieron resistencia. Todos pensaron

en huir cada cual por donde pudo. El Señor, según su promesa, los entregó en las manos de Israel, que les fué acuchillando hasta Sidon la grande, y hasta las aguas de Maserefot y campo de Masfé por espacio de quince leguas, y fué tal la mortandad que causó en ellos, que parecía no haber quedado ni aun reliquias de un ejército innumerable. Cayeron en poder de Josué los caballos y carros de sus enemigos, y Josué hizo como le había mandado el Señor. Desjarretó las corvas de los caballos y entregó al fuego los carros.

No tenemos noticias mas circunstanciadas de esta inmensa derrota; pero sabemos que las consecuencias en esta parte del norte fueron semejantes á las del año anterior en la parte del mediodía, y que la derrota del lago de Meron se pareció á la de Gabaon y la superó mucho. En seguida de esta mortífera persecución, volvió Josué sobre la ciudad de Asor, corte del rey Jabin, que había hecho de generalísimo en aquella liga. Huyendo este rey de en medio de la dispersion, logró entrarse en ella y trató de defenderla. Josué la puso el cerco y la batió con todas sus fuerzas. No se puede decir á punto fijo, cuánto tiempo resistió esta ciudad, acaso la mas fuerte de los Cananeos; pero al fin fué asaltada y pasada con su rey á filo de espada, saqueada y quemada. Tomó Josué todas las ciudades del contorno y á sus reyes y todo lo pasó á filo de espada, como se lo había mandado Moisés, siervo del Señor; y se apoderó de todo el territorio montuoso y de la tierra de Gesen y de la llanura y de la parte occidental y del monte de Israel y de sus campiñas, y de la parte del monte Seir hasta Baalgad y de las llanuras del Líbano hasta el monte Hermon. Cogió todos sus reyes y los pasó á filo de espada. Mucho tiempo peleó Josué contra estos reyes. No hubo ciudad que se entregase por sí á los Israelitas, fuera de los habitantes de Gabaon, sino que todas fueron tomadas á fuerza de armas. Y quitó la vida Josué á los Enaceos de las montañas de Hebron y de Dabir y de Anab y de todos los montes de

Judá y de Israel, y arruinó todas las ciudades. Ninguno dejó del linaje de los Enaceos en la tierra de los hijos de Israel. Tomó, pues, toda la tierra, como el Señor había prometido á Moisés, y la entregó á los hijos de Israel para que la poseyesen, según sus porciones y tribus, y la tierra reposó de guerras. Veinte y nueve reyes vencidos y pasados á filo de espada por Josué, y millones de Cananeos tratados del mismo modo, dejaban á los hijos de Israel des poblado un vasto terreno que debían ocupar.

DIVISION DE LA TIERRA PROMETIDA.

Las continuas victorias de los hijos de Israel durante el espacio de seis años de una guerra la mas sangrienta que jamás se había conocido, llevaron la conquista al estado en que Dios la quería para hacer su distribucion. No estaba, es verdad, subyugado aun todo el pais de Canaan, pero la mayor parte de él estaba ya despoblada. Aun había Cananeos en la tierra de Abraham, Isaac y Jacob, mas se hallaban encerrados en un corto número de plazas, de cuyos recintos no se atrevían á salir. No había punto en toda la Palestina, considerado lo largo y lo ancho de ella, tanto por mediodía y norte, como por oriente y occidente, donde el general de Israel no hubiese exterminado bastante número de idólatras para preparar habitacion cómoda á las tribus que iban á ocuparla. Hasta aquí la guerra se había hecho por toda la nacion reunida, pero verificada la reparticion, cada una de las tribus debía hacerla suya y reducir á sus enemigos al paso que ella se fuese aumentando, hasta exterminarlos enteramente, cuando ella se hallase en estado de ocupar toda su suerte.

Josué en la edad de cien años, á que había llegado